

ISSN: 1576-7914

PRENSA Y PROPAGANDA BÉLICA 1808-1814

Press and War Propaganda 1808-1814

Alejandro PIZARROSO QUINTERO

Universidad Complutense de Madrid

Fecha de recepción: 22/1/2008

Fecha de aceptación definitiva: 17/4/2008

RESUMEN: Después de establecer un breve marco conceptual sobre propaganda y propaganda de guerra, este artículo se ocupa de Napoleón como un verdadero genio de la propaganda. Traza un panorama de la prensa y la propaganda en España en el periodo de la Guerra de la Independencia, sin olvidar la prensa francesa como instrumento de la propaganda napoleónica para concluir con una mirada a cómo fue presentada la Guerra de la Independencia en la prensa francesa.

Palabras clave: propaganda, periodismo, guerra psicológica, Napoleón, Guerra de la Independencia.

ABSTRACT: After establishing a conceptual framework on propaganda and war propaganda, this article deals on Napoleon as a true genius of propaganda. It draws a picture of the press and propaganda in Spain during the Peninsular War, without forgetting the French press as an instrument for Napoleonic propaganda. Finally, it looks at how it was presented the Peninsular War in the French press.

Key words: propaganda, journalism, psychological warfare, Napoleon, Peninsular War.

INTRODUCCIÓN

Los medios de comunicación son una fuente indispensable para la historia Contemporánea. Son numerosísimos los trabajos de investigación que se basan en

esta fuente. Sin embargo, son mucho menos numerosos los trabajos que hacen de la prensa, los medios de comunicación en general y su utilización, el objeto primordial de su estudio. Este tipo de estudios son determinantes a la hora de hacer una crítica de esa fuente fundamental de la Historia y, a su vez, tienen vida propia. Toda la vida política transcurre hoy a través de los medios de comunicación. Ciertamente, a medida que retrocedemos en el tiempo, su importancia es menor. Pero, en el momento de las revoluciones atlánticas, podemos decir que se produce claramente una inflexión definitiva. La Revolución Francesa o la Revolución americana no pueden entenderse sin los panfletos, las hojas, los periódicos. Del mismo modo, el periodo napoleónico, pues el mismo Bonaparte, consciente de la importancia de los medios, se sirvió de ellos como instrumento político y también como arma de guerra.

Del mismo modo, ¿cómo podríamos entender el Cádiz de las Cortes sin los periódicos? No pretendemos aquí hacer un estudio de opinión pública al uso, entre otras cosas porque podemos estudiar los medios pero es mucho más difícil conocer su repercusión, algo que hoy sí hacemos a través de las encuestas. Sin embargo, sí queremos aportar en este breve panorama información sobre cómo los papeles periódicos en Francia y España tuvieron un protagonismo nada desdeñable en nuestra Guerra de Independencia. Naturalmente, no podemos olvidar otros canales como la literatura, el teatro, las ceremonias, etc.

Antes de entrar en el asunto queríamos, siquiera sea mínimamente establecer un marco conceptual sobre propaganda y propaganda de guerra. Dedicaremos luego unas palabras a Napoleón como lo que era, un genio de la propaganda. Hemos de referirnos también a la prensa y propaganda en España en aquel periodo, sin olvidar la prensa francesa como instrumento de la propaganda napoleónica para concluir con una mirada a cómo fue presentada la Guerra de la Independencia en la prensa francesa.

El término *propaganda* se escribe y se pronuncia igual casi en todas las lenguas cultas del planeta. Ello indica que nace y se recoge de manera prácticamente simultánea. Aparece por primera vez en un diccionario en Francia en 1740. Aunque, claro está, el fenómeno existe desde mucho antes¹.

Entre las múltiples y variadas definiciones de propaganda hay una muy escueta que nos da idea de su verdadera dimensión. Se debe a Edward L. Bernays

1. El origen del término «propaganda» está en la «Sacra Congregatio de Propaganda Fide» (o también «Sacra Congregatio Christiano Nomini Propaganda»), constituida de manera definitiva por la bula *Inscrutabili Divine* de 1622 emitida por el papa Gregorio XV, pero que ya funcionaba desde 1572 cuando el papa Gregorio XIII comenzó a reunir con frecuencia más o menos regular a tres cardenales en una primitiva *congregatio* para combatir la acción de la Reforma. Esta comisión o congregación se constituiría de hecho como órgano permanente bajo Clemente VIII. A su composición de 1622 (trece cardenales, tres prelados y un secretario) añadiría el papa Urbano VIII un colegio y un seminario de misioneros. Nacida como instrumento de lucha de la Contrarreforma, acabaría ocupándose fundamentalmente de la expansión del catolicismo en «tierras de misión».

en su obra *Propaganda*: es la «persuasión organizada u organización del consenso»². Otra definición interesante, sobre todo porque incluye los canales y —casi podríamos decir— las técnicas, se debe a Harold Lasswell en la *International Encyclopedia of the Social Sciences*: «Es la manipulación más o menos deliberada mediante símbolos, palabras, gestos, banderas, imágenes, monumentos, música, etc., del pensamiento o de las acciones de otras personas en lo que se refiere a creencias, valores y comportamientos que aquellas personas llamadas ‘reactores’ consideran como discutibles». Con todo, nos parece más precisa la muy sencilla y neutra definición de Violet Edwards, adoptada por el Institute for Propaganda Analysis e inspirada por Lasswell:

Propaganda es la expresión de una opinión o una acción por individuos o grupos, deliberadamente orientada a influir opiniones o acciones de otros individuos o grupos para unos fines predeterminados y por medio de manipulaciones psicológicas³.

Si estableciéramos una tipología de la propaganda, podríamos clasificarla según los medios a través de los cuales se expresa o los temas de que se ocupa. Pero no podemos detenernos ahora en ello. Sí queremos sin embargo referirnos a la propaganda de guerra. La guerra es una actividad humana primigenia y en ella la acción psicológica ha sido esencial incluso en sus formas más primitivas. De la propaganda de guerra a lo largo de la historia se obtienen algunos de los mejores ejemplos de técnicas que pueden aplicarse después a otros casos. Finalmente, podemos englobar bajo el epígrafe de propaganda política todos los demás fenómenos propagandísticos que se dan en las sociedades humanas. La propaganda de guerra existe desde que la guerra existe. Siempre se ha intentado intimidar al enemigo, exagerar la propia fuerza, sembrar discordias, difundir informaciones falsas, mantener la moral de las propias tropas, etc. Quizá en tiempos de guerra o de conflicto agudo es cuando la propaganda alcanza sus cumbres más brillantes.

Maurice Mégret afirma que en la guerra psicológica convergen numerosas y diversas acciones que no tienen en común más que la confusión del adversario y el debilitamiento de su resistencia: la propaganda, el terror, el chantaje, etc. Y considera en ella tres elementos fundamentales: una organización de propaganda (en apoyo de las operaciones militares), una acción político-militar (para asumir el control no violento de la población) y un sistema coherente de pensamiento⁴.

Pero no creamos que esto es un fenómeno reciente. De su eficacia tenemos abundantes testimonios incluso en el pasado más remoto. Los grandes generales

2. BERNAYS, Edward L. *Propaganda*. Nueva York: Liveright Publishing Corp., 1936 (1.^a ed. 1928).

3. EDWARDS, V. *Group Leader's Guide to Propaganda Analysis*. Nueva York: Columbia, University Press, 1938, p. 40.

4. Cfr. MÉGRET, M. *La guerre psychologique*. París: PUF, 1963.

se han valido siempre de la propaganda, Alejandro, Aníbal, César, Cortés, sabían muy bien de su poder. Propaganda y guerra han estado siempre unidas.

En efecto, la propaganda de guerra es un arma estratégica. No es un mero auxiliar. Es algo de lo que Napoleón y, antes que él, tantos políticos y militares sabían todo lo que hay que saber. En nuestros días el término propaganda está muy denostado y sólo se le atribuye tal actividad al bando enemigo y nunca al propio. Pero en los conflictos que hemos vivido recientemente desde la Guerra del Golfo de 1991, Somalia en 1992, Yugoslavia en toda la década de los noventa y Afganistán e Irak ya en el nuevo milenio, la propaganda ha sido y sigue siendo un elemento estratégico y no un auxiliar táctico⁵.

Otros autores como Remedios Solano⁶, que fue discípula mía, y sobre todo Jean-René Aymes⁷, entre otros, se han ocupado ya de prensa y propaganda durante nuestra Guerra de Independencia. Naturalmente no podemos olvidar a Gómez Imaz⁸ o a Ramón Solís⁹ en cuya obra sobre el Cádiz de las Cortes hay un amplio capítulo dedicado a los periódicos; o a Juan Francisco Fuentes con su estudio sobre el abate Marchena, propagandista napoleónico en la España josefina¹⁰.

5. PIZARROSO QUINTERO, A. *Nuevas guerras, vieja propaganda (de Vietnam a Irak)*. Madrid: Cátedra, 2005.

6. SOLANO RODRÍGUEZ, Remedios. La Guerra de la Independencia española a través de *Le Moniteur Universel (1804-1814)*, *Mélanges de la Casa de Velázquez*, XXXI/3, 1995; véase también SOLANO RODRÍGUEZ, Remedios. *La influencia de la Guerra de la Independencia en Prusia a través de la prensa y de la propaganda: la forjadura de una imagen sobre España (1808-1815)*. Tesis doctoral inédita (Universidad Complutense). Madrid: 1998.

7. AYMES, Jean-René. La propaganda francesa sobre la intervención en España en 1808. *Revista de historia militar*, 1, 2004, pp. 197-234, y AYMES, Jean-René. La guerre d'Espagne dans la presse impériale (1808-1814). *Annales Historiques de la Revolution Française* (Société des études robespierristes), 336, 2004, pp. 129-146; AYMES, Jean-René. Francia y la Guerra de la Independencia en 1808 (de Bailén a Chamartín): la información y la acción. *Revista de historia militar*, 2, 2005 (Ejemplar dedicado a: *Entre el Dos de Mayo y Napoleón en Chamartín: los avatares de la guerra peninsular y la intervención británica*), pp. 285-312; AYMES, Jean-René. Le débat idéologique-historiographique autour des origines françaises du libéralisme espagnol: Cortès de Cadix et Constitution de 1812. *Historia constitucional: Revista Electrónica de Historia Constitucional*, 4, 2003, y AYMES, Jean-René. La imagen de Francia y de los franceses en España en 1808. En *La Guerra de la Independencia (1808-1814): perspectivas desde Europa. Actas de las Terceras Jornadas sobre la Batalla de Bailén y la España Contemporánea*. Jaén: Universidad de Jaén, 2002, pp. 83-118.

8. GÓMEZ IMAZ, Manuel. *Los periódicos durante la Guerra de la Independencia (1808-1814)*. Madrid: 1910.

9. SOLÍS, Ramón. *El Cádiz de las Cortes*. Madrid: Alianza, 1969, sobre todo pp. 395-439.

10. FUENTES, Juan Francisco. *José Marchena. Biografía política e intelectual*. Barcelona: Crítica, 1989.

BONAPARTE PROPAGANDISTA

Napoleón es un hijo de la Revolución. Sin ella no hubiera sido más que un militar más o menos destacado. La trascendencia de ésta perdura en nuestros días, más de doscientos años después. En conjunto, significó el intento —logrado— de una transformación radical (en el más etimológico sentido de la palabra) de la realidad. Estableció un sistema de gobierno totalmente distinto del anterior. Acabó por decreto con un sistema feudal milenario. Modificó la estructura social, los gustos, las costumbres, la moda, el lenguaje, la música, etc. y además dejó en toda Europa una fecunda semilla que sólo pudo cristalizar gracias a Napoleón. Este enorme y veloz proceso de cambio sólo es concebible como una gigantesca y múltiple operación propagandística, verdaderamente original, innovadora, de una eficacia hasta entonces inusitada.

Napoleón es recordado sobre todo como militar. Sin embargo, sin discutir sus virtudes en ese terreno no hay que olvidar que su carrera militar fue más una carrera política. No podemos olvidar tampoco su dimensión de estadista. Pero también, como vamos a ver, fue un genio de la propaganda. Su mayor enemigo lo reconocía:

[...] bulletins journaliers de l'armée française [...] dont on inonde l'Allemagne et l'Europe entière, sont une invention nouvelle et méritent une sérieuse attention [...]. Le Cabinet de Bonaparte s'est mis en contact journalier avec toutes les classes de la société. Il s'est dépouillé du style officiel pur adopter celui de la conversation la plus familière. Chaque bulletin met en scène des personnages dont les noms respectables inspirent la confiance et des gens du peuple qui confirment [...]¹¹.

Metternich añadía más tarde:

Les gazettes valent à Napoléon une armée de 300000 hommes, qui ne surveillerait pas mieux l'intérieur et effrayerait moins l'extérieur qu'une demi-douzaine de folliculaires à ses gages¹².

Metternich se refiere aparentemente al uso que hace Napoleón de la información. Pero es perfectamente consciente que lo que aparece en esas gacetas no es propiamente información, al menos, información veraz. La mentira es, no sólo un arma de guerra sino algo muy común en el mundo de la comunicación de masas. No se puede confundir propaganda con desinformación. Pero la desinformación

11. METTERNICH, (Prince de). *Mémoires, documents et écrits divers*. París: 1819, II, p. 81. Citado por CABANIS, André. *La presse sous le Consulat et l'Empire (1799-1814)*. París: Société des Études Robespierriennes, 1975, p. 274.

12. METTERNICH, (Prince de). *Mémoires, documents et écrits divers*, II, p. 188. Citado por CABANIS, André. *Op. cit.*, pp. 314-315.

es una de las técnicas propagandísticas que más eficacia pueden tener en un conflicto bélico.

Napoleón es un hombre de su tiempo, ha vivido el proceso revolucionario, ha participado en él y es perfectamente consciente de la importancia de la opinión pública:

Il ne suffit pas, pour être juste, de faire le bien, il faut encore que les administrés soient convaincus. La force est fondée sur l'opinion. Qu'est-ce que le gouvernement? Rien, s'il n'a pas l'opinion¹³.

También en el terreno de la propaganda y manejo de la opinión pública, Napoleón Bonaparte es un hijo de la Revolución. De hecho, las líneas maestras de la propaganda napoleónica son una continuación de las establecidas antes, sobre todo en tiempos de la Convención. Pero esto no quiere decir que no se introdujesen novedades de importancia, tanto en el terreno de la propaganda específicamente política como en el terreno de la propaganda de guerra.

Napoleón es ciertamente un gran militar. Pero su carrera como tal es perfectamente paralela a su carrera de político oportunista en un momento histórico en que los hombres se encumbran y caen a velocidad de vértigo. En todo momento sabe aprovechar su instinto de gran propagandista. Su victoria en Marengo eclipsa la de Moreau en Hohenlinden, probablemente de mayor importancia estratégica. Y ello, gracias al relato que de la batalla escribe él mismo y de los medios de propaganda de que dispone cuando está al mando del Ejército de Italia por cuenta del Directorio.

Antes de que el Directorio le enviase a Italia, ya había tenido actividad periódica y propagandística. En 1791 el joven teniente Bonaparte hizo publicar a sus expensas un panfleto, *Lettre à Buttafuoco*, cuyos cien ejemplares estaban destinados a Córcega. Al año siguiente, con veintidós años, escribió un *Discours sur le bonheur*, destinado a la Academia de Lyon, y un año después un breve panfleto, *Le Souper de Beaucaire*, fechado en Aviñón el 29 de julio de 1793, pocas semanas antes de comenzar el sitio de Tolón. Cinco meses después Bonaparte derrotaría allí a los ingleses. Este triunfo da fama al joven oficial jacobino que sufrirá un cierto ostracismo tras la reacción termidoriana, hasta que, estando en París sin destino, es encargado por el Directorio de reprimir el levantamiento monárquico de octubre de 1795, para serle confiado poco después el mando del ejército de Italia.

Durante la campaña de Italia dio vida a dos periódicos: *Le Courier de l'Armée d'Italie* (1797) y más tarde *La France vue de l'Armée d'Italie* (1798 y que llevaba el subtítulo de *Journal de politique, d'administration et de littérature Française et étrangère*). De estos periódicos se vale tanto para sostener la moral de sus propias tropas cuanto para influir sobre la población local como, sobre

13. Citado por DOMENACH, J.-M. *La propagande politique*. Paris: PUF, 1979, p. 6.

todo, para exaltar su propia figura y sus victorias ante la opinión pública francesa. Durante la expedición a Egipto creó con sus propios fondos personales *Le Courier de l'Égypte* con análogos funciones. Además Bonaparte fue el introductor de la imprenta en el mundo árabe, después de un breve episodio en Turquía en el siglo XVIII.

En términos puramente militares, Napoleón también era consciente de la fuerza de la propaganda:

For Napoleon, good morale was the essence of success: «In war, morale counts for three quarters, the balance of material force only makes up the remaining quarter». Appointed to command the Army of Italy in 1796 at the age of 36, Napoleon emerged from his subsequent Egyptian campaign as a formidable military propagandist, playing up his victories and playing down his defeats¹⁴.

Oliver Thomson¹⁵ compara a Napoleón con César o Hitler, como uno de los más grandes propagandistas de todos los tiempos. El mismo Metternich se lamenta del silencio propagandístico del gobierno austriaco frente al despliegue francés o napoleónico, reconociendo la importancia de esta actividad durante la Revolución y bajo Bonaparte.

Napoleón es el heredero, legítimo o no, de la Revolución. Y lo es sobre todo a los ojos del resto del mundo, aunque también en la misma Francia. Se presenta asimismo como el estabilizador de las conquistas de la Revolución, como aquel que hará fructificar sus mejores logros y acabará con todos sus excesos. También como aquel que será capaz de que la Revolución se extienda por toda Europa.

No ejerce sólo su acción propagandística dentro de las fronteras de Francia. Los ejércitos franceses exportan las ideas de la Revolución aunque, inevitablemente, son vistos las más veces como invasores, como ocupantes, como opresores. Para hacer estable su sistema europeo, Napoleón necesita hacer un gran esfuerzo propagandístico tanto en los territorios directamente incorporados al Imperio como en los estados satélites (primero repúblicas durante el Consulado, luego monarquías, en manos de sus familiares, durante el Imperio). Esta acción propagandística se extiende también a los países neutrales, aliados circunstanciales o enemigos.

Hacia estos últimos la propaganda napoleónica se manifiesta sobre todo a través de la «propaganda de los hechos», de la acción. La enorme potencia militar del Imperio, sus victorias, son, en sí mismas, hechos propagandísticos también. Por otra parte, Napoleón dispone en estos países de redes de espionaje organizado,

14. TAYLOR, Philip M. *Munitions of the Mind. A History of Propaganda from the Ancient World to the Present Day*. Manchester: Manchester University Press, 2003, p. 153.

15. Cfr. THOMSON, Oliver. *Easily led. A History of Propaganda*. Phoenix Mill (UK): Sutton, 1999, pp. 220 y ss.

de núcleos de simpatizantes que, aunque con muchas dificultades¹⁶, utilizan todas las ocasiones posibles para defender el régimen napoleónico y las ideas que éste encarna.

En cuanto a los estados de la órbita napoleónica, la difusión propagandística sigue análogos canales que los utilizados en el territorio del Imperio. Por ejemplo, Napoleón ordenó a Fouché en 1805 que enviase boletines a los periódicos de Frankfurt sobre las noticias de París. Tuvo a su servicio a Cotta, editor de diversos periódicos alemanes. Otto controlaba, por cuenta del gobierno francés y por encima del rey de Baviera, la prensa de Munich. De igual manera actuaba Bourrienne, representante de Francia en las ciudades hanseáticas.

En los países ocupados sus intervenciones en materia de propaganda eran directas y perentorias, como veremos para el caso español. Cuando fue ocupada Viena en 1805, también dio personalmente instrucciones al general Clarke para que se encargase, «en primer lugar», de la prensa manteniendo en los periódicos a las mismas redacciones pero, naturalmente, modificando los contenidos. En 1806 vuelve a dirigirse a Clarke en el mismo sentido cuando ocupa Berlín. En 1809, cuando Viena vuelve a ser ocupada, ordena al general Andréossy «restablecer los viejos periódicos, en las mismas formas y con los mismo títulos, suprimiendo las armas y todo lo que se refiera a la Casa de Austria». Es decir, Napoleón es consciente de que para mejor llegar a la opinión pública, en este caso austriaca, debe conservar por lo menos los mismos canales que antes se oponían a él. Los ejemplos podrían ser todavía más numerosos.

La propaganda imperial también se dirigía a países extranjeros, más o menos neutrales. Durante la campaña de 1806-1807 contra la coalición ruso-prusiana, fueron hechos traducir al turco y al árabe numerosos boletines que, en millares de copias, fueron enviados a Constantinopla. Del mismo modo también se traducían estos boletines al holandés, al alemán o al italiano. Metternich, ya lo hemos dicho, era consciente de la eficacia de esta propaganda tal como deja constancia en sus memorias.

A pesar de las quejas de Metternich, lo cierto es que los enemigos de Napoleón también desarrollaron una propaganda antifrancesa que comenzó, sobre todo, después de la insurrección española. En Austria fue dirigida por el ministro Stadion, por el archiduque Juan y por el barón Hormayr que era director de los Archivos del Estado. «Los escritores austriacos y húngaros atacaron a Francia en sus libelos, libros, poesías y obras de teatro». La opinión pública inglesa fue siempre convenientemente aleccionada por su prensa, allí la propaganda antinapoleónica fue un factor constante e indispensable para mantener durante tanto tiempo en estado de guerra a la nación.

Hubo también, por otra parte, una propaganda lingüística, o realmente, imperialismo lingüístico. En territorios como Cataluña o Piamonte, incorporados totalmente a Francia, el francés era el único idioma oficial. En esos territorios y en otros

16. Naturalmente en los estados absolutistas la libertad de expresión estaba fuertemente restringida. Pero también en Inglaterra se perseguía y se censuraba a la prensa por todo lo que pudiera parecer profrancés o prorrevolucionario.

países ocupados o satélites, se publicaban periódicos bilingües, aún a costa de disponer de menor espacio. Así, el *Diario de Barcelona* de Pedro Pablo Ussón de Lapezarán¹⁷, o la *Gazzetta di Genova* (luego *Journal de Gènes*), o *Il francese subalpino* (luego *Le français subalpin*)¹⁸. También en Alemania: la *Gazette du Grand Duché de Frankfort* (*Zeitung des Großherzogthums Frankfurt*), la *Gazette du Bas Rhin*, la *Gazette de Cologne*, o también *Le Moniteur Westphalien* (*Westphälischer Moniteur*) de Kassel.

Hay dos obras clásicas que se refieren a esta faceta del régimen napoleónico. En primer lugar la de André Cabanis, *La presse sous le Consulat et l'Empire (1799-1814)*, ya citada, que dedica la mitad de la obra a la actividad propagandística y también la de A. Périver sobre Napoleón como periodista¹⁹.

La profundidad de la huella napoleónica en Francia se vivió durante todo el s. XIX y no sólo a través de los bonapartistas o de la acción del Segundo Imperio. En nuestro siglo no hay estadista francés que no lo evoque, desde De Gaulle hasta el mismo presidente Sarkozy. La pervivencia de la imagen y el mito de Napoleón a lo largo de los siglos hunde sus raíces en su actividad como propagandista desde antes de su acceso al poder y, desde luego, durante el Imperio. Con ese mito no pudo acabar la Restauración y trascendió las fronteras de Francia para extenderse por toda Europa.

ESPAÑA: PRENSA Y PROPAGANDA

La prensa española del siglo XVIII había tenido un desarrollo, hasta cierto punto equiparable a otros periodismos europeos, sobre todo en la segunda mitad del siglo, especialmente durante el reinado de Carlos III²⁰. No podemos ignorar tampoco que las ideas de la Ilustración habían penetrado en ciertas elites españolas.

17. El *Diario de Barcelona*, que salió a la calle por primera vez el 1 de octubre de 1792. El napolitano, probablemente de origen francés, Pedro Pablo Ussón de Lapezarán, que había trabajado en el *Diario de Madrid* solicitó licencia para hacer un remedo de éste en Barcelona, que en su primera época no fue menos anodino que el cotidiano madrileño. El popular nombre de «El Brusi», con que se sigue conociendo a este diario barcelonés, se debe a su segundo propietario que obtuvo la licencia de impresión de éste en Tarragona por cuenta de la Junta Central, en plena Guerra de la Independencia. Mientras Ussón continuaba publicándolo, bajo la égida francesa, en la capital del principado.

18. Sobre la prensa y la propaganda francesa y, sobre todo, napoleónica en Italia hay una excelente obra con amplia antología de textos originales de los periódicos precedida de muy completos ensayos: DE FELICE, Renzo (*a cura di*) *I giornali giacobini italiani*. Milano: Feltrinelli, 1962.

19. PÉRIVIER, A. *Napoleón Journaliste*. París: Plon, 1918.

20. Véase GUINARD, Paul J. *La presse espagnole de 1737 à 1791. Formation et signification d'un genre*. París: Institut d'Études Hispaniques, 1973; SAIZ, M.^a Dolores. *Historia del periodismo en España. Los orígenes. El siglo XVIII*. Madrid: Alianza, 1983 y PIZARROSO QUINTERO, A. *De la Gazeta Nueva a Canal Plus. Breve historia de los medios de comunicación en España*. Madrid: Editorial Complutense, 1992, pp. 31-50.

Sin ello, no podríamos explicarnos la eclosión, por ejemplo, de la prensa gaditana durante la crisis bélica²¹.

Sin embargo, los acontecimientos revolucionarios de Francia no tuvieron reflejo alguno en la prensa española:

La *Gazeta de Madrid* ni aun mencionó la convocación y reunión de los Estados Generales. Mientras en mayo y en junio estos discutían si debían reunirse como un solo cuerpo o como tres, la única noticia de Versalles publicada en la *Gazeta* fue la del entierro del Delfín y el viaje de la corte a Marly y su regreso. Las informaciones que llegaban de París en julio -mes que presencié la toma de la Bastilla- hablaban solamente de la reunión del Consejo de Guerra y de la real entrega de un sombrero de cardenal (sic) a un obispo²².

De todos modos, durante el verano, numerosos periódicos y folletos franceses entraron en España sin que se tomase ninguna medida contra ello hasta el mes de septiembre. Y también es cierto que entre 1789 y 1791 los periódicos españoles continuaron divulgando, sin traba alguna, el espíritu de la época mientras que en Francia la situación comenzaba a estabilizarse. Sin embargo, el 24 de febrero de 1791, una Resolución Real —a instancias de Floridablanca— prohibía todas las publicaciones periódicas excepto las dos oficiales (la *Gaceta* y el *Mercurio*) y el *Diario de Madrid*, al que explícitamente se le prohibían «versos o temas políticos de ninguna clase». Aunque Aranda, que sucedió al destituido Floridablanca en 1792, volvería a permitir la salida de otros periódicos —lo que realmente tuvo efecto—, lo cierto es que numerosos periódicos desaparecieron y muchos otros sufrieron grandes apuros. La recuperación sería lenta y la legislación continuaría siendo represiva. Pocos hitos o novedades podemos señalar entre 1792 y 1808 salvo el nacimiento del *Diario de Barcelona* el 1 de octubre de 1792.

Durante la guerra, tanto en el Cádiz sitiado como en el resto de España. Sabemos pues que con el levantamiento popular de 1808 se va a establecer de hecho la libertad de imprenta²³. Y, por primera vez en España, podemos decir que nace la prensa política y, con ella, la opinión pública. Así se multiplican las publicaciones de todas las tendencias, periódicas u ocasionales. Y, salvando la precariedad de los medios materiales, muchas veces lo cierto es que el debate político adquiere una altura considerable. El liberalismo político al que la censura durante el reinado

21. Véase ÁLVAREZ BARRIENTOS, Joaquín. Cultura política entre siglos. En ÁLVAREZ BARRIENTOS, J. (ed.). *Se hicieron literarios para ser políticos. Cultura y política en la España de Carlos IV y Felipe VII*. Madrid: Biblioteca Nueva, 2004. Y también, ÁLVAREZ BARRIENTOS, J. *Los hombres de letras en la España del siglo XVIII. Apóstoles y arribistas*. Madrid: Castalia, 2006.

22. HERR, Richard. *España y la Revolución del siglo XVIII*. Madrid: Aguilar, 1973, pp. 198-199.

23. Nos referimos al Decreto de 10 de noviembre de 1810. Sobre la discusión del asunto en las Cortes véase: LA PARRA LÓPEZ, Emilio. Argumentos en favor de la libertad de imprenta en las Cortes de Cádiz. En GIL NOVALES, Alberto (ed.). *La prensa en la revolución liberal: España, Portugal y América Latina*. Madrid: Universidad Complutense, 1983, pp. 73-82.

de Carlos IV no había permitido expresarse, había penetrado, sin embargo, muy profundamente en un sector de la intelectualidad española y sale a la luz expresándose con precisión y propiedad en la primera ocasión que se le presenta. La intelectualidad española abandona las especulaciones teóricas y baja a la arena de la práctica política. La prensa se convierte en el «principal vehículo de instrucción para los lectores españoles en el tiempo que duró la guerra»²⁴.

La Inquisición, ya abolida por la Asamblea de Bayona, no lo fue por las Cortes de Cádiz hasta después de publicada la Constitución declarándola incompatible con ésta. De todos modos quedó prácticamente incapacitada para ejercer cualquier acción en materia de publicaciones.

Una vez constituida, la Junta Central intentó inútilmente poner freno a la libertad de hecho que se había generalizado y que después sería sancionada por las Cortes Extraordinarias en 1810 con una de sus primeras medidas legislativas. En esta primera fase se publicaron muchas hojas simplemente de noticias de guerra, y otras hojas políticas, además de muchos folletos.

Pardo de Andrade publicó el *Diario de La Coruña* y el *Semanario político, histórico y literario de La Coruña*. Quintana, el *Semanario patriótico*, serio, doctrinal y didáctico, sin concesiones a la burla y a la sátira. Las Juntas Provinciales dispusieron de una prensa oficial (*Gaceta de Sevilla*, *Gaceta de Valencia*, *Diario de Málaga*, etc.), así como la Junta Central (*Gaceta del Gobierno*). El abismo ideológico que separaría a liberales y serviles, una vez constituidas las Cortes, estaba todavía desdibujado por el impulso patriótico común.

Las Cortes se constituyeron en Cádiz el 24 de septiembre de 1810. Prácticamente todo el territorio nacional metropolitano, excepto la sitiada Cádiz, estaba en esos momentos bajo control francés, y desde luego, todas las ciudades importantes. Menos de dos meses después el decreto de 10 de noviembre permitía la publicación de cualquier impreso sin ningún tipo de censura previa. La Constitución fue promulgada el 19 de marzo de 1812. En su artículo 371 podemos leer:

Todos los españoles tienen libertad de escribir, imprimir y publicar sus ideas políticas sin necesidad de licencia, revisión ó aprobación alguna anterior á la publicación, bajo las restricciones y responsabilidad que establezcan las leyes.

Observemos que se refiere a «ideas políticas». La religión era harina de otro costal pues el catolicismo era reconocido como religión única de la nación española y se prohibía el ejercicio de cualquier otra (art. 12).

La ciudad de Cádiz había multiplicado su población y en ella la pasión política fue el caldo de cultivo de un momento verdaderamente mágico de la historia de la prensa española. La libertad de imprenta se limitaba a las cuestiones

24. SEOANE, María Cruz. *Historia del periodismo en España, 2. El siglo XIX*. Madrid: Alianza Editorial, 1983, p. 29.

políticas, exceptuándose los escritos de materia religiosa que quedaban sujetos a la censura previa de los obispos.

Gómez Imaz censa cincuenta y seis periódicos en el Cádiz de esta época aunque simultáneamente parece ser que nunca llegaron a ese número. Probablemente, nunca se publicaron más de diez simultáneamente²⁵.

Antes del sitio el único periódico que se publicaba en la ciudad era el *Diario Mercantil*, típico diario de avisos de una ciudad portuaria, cuyas páginas se politizaron en sentido liberal durante aquellos años para volver a la situación anterior una vez que las Cortes se trasladaron a Madrid.

Entre los periódicos liberales podemos citar al *Semanario Patriótico* (en su segunda época, a cargo de Álvarez Guerra, amigo de Argüelles y de Quintana), *El Conciso*, quizá el más exaltado y de mayor difusión, *El Ropespierre español*, *amigo de las leyes*, *La Triple Alianza*, *El Redactor general*, *El Tribuno del pueblo español* y *La abeja española*.

Entre los serviles —prensa muy inferior en número y en calidad a la liberal—, *El Censor general*, *El Sol de Cádiz* y *El Procurador general de la Nación y el Rey*. También publicó Alcalá Galiano *El Imparcial*, de pretendida neutralidad entre serviles y liberales pero de escaso éxito²⁶.

Además de la prensa gaditana, podemos destacar en este periodo a la prensa sevillana y a la mallorquina. En Madrid, cuando se retiró José I, se publicaron algunas cabeceras procedentes de Cádiz y surgieron también algunas nuevas.

Mención especial merecería *El Español*, periódico mensual publicado en Londres por Blanco-White de abril de 1810 a junio de 1814. Sus números llegaban a Cádiz provocando la indignación de serviles y liberales.

La prensa afrancesada fue, en general, de buena calidad, aunque sometida a censura²⁷. De hecho, la Constitución de Bayona posponía por dos años el ejercicio de la libertad de imprenta. *La Gaceta* y el *Diario de Madrid*, en la capital, y el *Diario de Barcelona* y la *Gaceta de Sevilla*, fuera de ella, son las publicaciones más destacadas, aunque hubo otras muchas²⁸. Para la *Gaceta de Madrid* José I nombró

25. Cfr. GÓMEZ IMAZ, Manuel. *Los periódicos durante la Guerra de la Independencia (1808-1814)*, op. cit.

26. Sobre la prensa gaditana en ese periodo véase también: SOLÍS, Ramón. *El Cádiz de las Cortes*, op. cit., pp. 395-439.

27. Sobre la prensa afrancesada véase: SÁNCHEZ ARANDA, José Javier. Napoleón y la prensa afrancesada en España. En vv. AA. *Les espagnols et Napoléon*. Aix-en-Provence: Université de Provence, 1984, pp. 85-100.

28. Véase por ejemplo PUIG I OLIVER, L. Notas sobre la prensa napoleónica en Girona. *Anales del Instituto de Estudios Gerundenses*, 22, 1974-1975, pp. 337-350. Y también SÁNCHEZ ARANDA, José Javier. La Gaceta oficial de la Navarra, ejemplo de periódico afrancesado, *Príncipe de Viana*, 176, 1985, pp. 817-836; y DUFOUR, Gérard. «Une ephémère revue afrancesada: *El Imparcial* de Pedro Estala» (Mars-août 1809). *El Argonauta Español*, 2 (2005) <<http://argonauta.imageson.org/document64.html>>.

director al abate Marchena que había vuelto a España como secretario de Murat y que tuvo también distintos cargos en el recién creado Ministerio del Interior, algo totalmente nuevo en la Administración española²⁹.

Napoleón escribió personalmente a su hermano José para que aumentase la tirada de la *Gaceta de Madrid* hasta 15.000 ejemplares para mejor servirse de ella como instrumento de propaganda y difundirla por todo el reino. De la actividad literaria y periodística de Marchena bajo el reinado de José I se ha ocupado, como hemos visto, Juan Francisco Fuentes³⁰.

La Guerra de la Independencia y la resistencia al invasor está viva todavía hoy en el inconsciente colectivo de los españoles. El hecho mismo de denominarla nada menos que Guerra de la Independencia como si España hubiera sido una colonia que se liberase del yugo sería suficientemente demostrativo. De aquella época España hace dos aportaciones importantísimas a la terminología política y militar a todos los idiomas del mundo: «guerrilla» y «liberal». Precisamente aquello en lo que se fijaba Marx («en Cádiz, ideas sin actos; en la guerrilla, actos sin ideas»)³¹.

No faltaron tampoco todo tipo de panfletos, manifiestos, proclamas, etc., de los cuales se ha publicado alguna recopilación³².

La imagen de los desastres de la guerra en general nunca ha sido mejor expresada que en los grabados de Goya sobre aquella guerra terrible. Ahora que nos disponemos a celebrar el doscientos aniversario, veremos como referencias a aquellos hechos se incorporan una vez más a nuestra vida política. Si Napoleón se convirtió en un mito para Francia y para el mundo, la guerra de Independencia forma parte, a pesar de la incultura histórica de los españoles, de nuestra mitología popular.

The Peninsular War between Napoleon's occupation forces and indigenous Spanish insurgents, backed by English expeditionary army of Wellington, gave rise to a new concept in war and a new term to describe it: guerrilla, or «little war». Its essence lies in the individual political convictions of the insurgents, as well as in the imperial ethos of the occupiers. It was a form of war fought with ideological zeal and blind ferocity on both sides, as we may see today from drawings of an artist who lived through it, Francisco de Goya³³.

29. Sobre la propaganda afrancesada véase: LÓPEZ TABAR, Juan. Los métodos de captación del régimen josefino: la propaganda afrancesada. En GIL NOVALES, Alberto (coord.). *La revolución liberal española en su diversidad peninsular (e insular) y americana*. Madrid: Ediciones del Orto, 2001. Y también RAMOS, Demetrio. La técnica francesa de formación de opinión desplegada en Barcelona (1808-1809). En vv.AA. *Estudios sobre la Guerra de la Independencia*. Zaragoza: Institución Fernando el Católico, 1965.

30. FUENTES, Juan Francisco. *José Marchena. Biografía política e intelectual*, op. cit., pp. 234 y ss.

31. *New York Daily Tribune*, 27 de octubre de 1854.

32. Véase: FUENTES, Juan Francisco (ed.). *Si no hubiera esclavos, no habría tiranos. Proclamas, artículos y documentos de la Revolución española (1789-1837)*. Madrid: El Museo Universal, 1988.

33. SMITH, Paul A. Jr. *On political war*. Washington DC: University Press, 1989, p. 95.

Cuando se retiró el rey José y antes de la vuelta de Fernando VII, la prensa madrileña heredó el debate gaditano y, naturalmente, se discutió mucho sobre la libertad de prensa³⁴. Con Fernando VII volvería el régimen absolutista.

LOS PERIÓDICOS, INSTRUMENTO DE LA PROPAGANDA NAPOLEÓNICA

Ya hemos visto el uso que Bonaparte hacía de los periódicos durante sus campañas en Italia o en Egipto. Es decir, era perfectamente consciente de su poder y había vivido en primera persona su desarrollo durante los primeros años de la Revolución.

Una vez en el poder, bajo el Consulado y el Imperio desaparece en Francia toda actividad de propaganda que no sea estatal, o se ve reducida al mínimo o a la clandestinidad. Uno de los primeros pasos que da Bonaparte tras el 18 de brumario es someter a la prensa a una férrea aunque no declarada censura. En enero de 1800 suprime sesenta periódicos parisienses dejando su número reducido a trece alegando que, entre los suprimidos, se filtraba la propaganda enemiga, sobre todo inglesa. Se establece también la autorización previa para todos los periódicos políticos y se dan a los prefectos de los departamentos amplias facultades en materia de prensa, incluida la supresión preventiva de los periódicos. Se toleran todavía en París publicaciones no afectas al nuevo régimen pero se establecen unos límites muy claros. No se pueden atacar los principios del pacto social, de la soberanía nacional, la gloria de las armas francesas, ni a los gobiernos de las naciones aliadas o amigas e, incluso de las enemigas si así no lo dispone el gobierno³⁵.

No podemos detenernos, desde luego, en todo el aparato de propaganda desarrollado por Napoleón en Francia sin el cual no hubiera sido posible su acción propagandística exterior:

Under Napoleón, France became the first truly modern propaganda-based State. An example of degree to which his propagandists orchestrated every aspect of French life followed the assassination of French delegates by the Austrians in 1799. A national day of mourning was announced and local authorities were informed that the theme was to be Vengeance³⁶.

Bonaparte reúne a su servicio a periodistas de todas las procedencias. Con ello, sin poner en peligro al régimen, éstos pueden utilizar los argumentos adecuados para cada audiencia:

34. PELAYO GALINDO, Orlando. La libertad de prensa: un debate público en el foro de la prensa madrileña de mayo a diciembre de 1813. En GIL NOVALES, Alberto (ed.). *La prensa en la revolución liberal: España, Portugal y América Latina*. Madrid: Univ. Complutense, 1983, pp. 83-98.

35. Decreto Consular de 17 de enero de 1800 (27 de Nivoso del año VIII), cuya vigencia, en líneas generales se prolongó hasta 1814.

36. TAYLOR, Philip M. *Munitions of the Mind. A History of Propaganda from the Ancient World to the Present Day*, op. cit., p. 154.

El convencional Barère se dirige a los jacobinos más exaltados como el emigrado Montlosier a los realistas ultrancistas. Roederer encuentra las palabras para convenir a los moderados de 1789 y Fiévée las de una contrarrevolución liberal³⁷.

Bonaparte mismo escribe con frecuencia en la prensa, sobre todo en el oficial *Le Moniteur*³⁸. Entonces, como ahora, podemos detectar su pluma por la violencia verbal a la que no se atrevería ningún otro periodista. Tanto que la mayoría de sus artículos (identificados) parecen haber estado escritos en un raptó de cólera. Por otra parte, Napoleón en persona se ocupa de dar instrucciones muy precisas a la prensa con multitud de detalles, como los argumentos que han de emplearse, la longitud de los artículos, el momento en que debe aparecer determinada información, quién debe firmar y cómo, (llegó a abusar de la publicación de falsas cartas al director para dar la impresión de un movimiento de opinión en torno a determinados problemas), etc.³⁹.

La prensa se hará eco de informes diplomáticos o administrativos, discursos y proclamas, siempre valiéndose de ellos en clave propagandística. También recoge regularmente extractos de la prensa extranjera, sobre todo la enemiga, que, no manipulados pero convenientemente elegidos, ganan la confianza del lector incrédulo a favor de los argumentos del Primer Cónsul o del Emperador. *Le Moniteur* también acoge en sus páginas los ataques de la oposición, especialmente aquellos más violentos, precisamente para desprestigiarla.

Bonaparte había hecho de *Le Moniteur* el periódico oficial del Estado desde diciembre de 1799. El privilegio de publicar los textos oficiales lo mantendrá bajo distintos regímenes hasta 1870. Pero *Le Moniteur* no era simplemente un boletín de leyes. Su carácter monopolístico se irá acentuando con el tiempo. Llegará casi a convertirse, de hecho, en una especie de agencia de noticias ya que los demás periódicos no podían acceder directamente a las fuentes de la información y debían valerse de *Le Moniteur* como única fuente utilizable. Desde 1803 no podían dar información del movimiento en los puertos ni extraer periódicos extranjeros sin tomarlo de *Le Moniteur*⁴⁰. Desde 1808 también les estuvieron vedadas las informaciones provenientes de Roma o de España.

En 1811 vuelven a suprimirse más periódicos en París. Se publican desde entonces solamente cuatro: *Le Moniteur*, *Le Journal del Paris*, *Le Journal de l'Empire* (que era *Le Journal des Débats*, expropiado a los hermanos Bertin) y *La Gazette de France*, todos ellos, por primera vez, en formato «in folio». Si en 1807 subsistían todavía ciento setenta periódicos fuera de París, desde 1810 sólo habrá

37. CABANIS, A. *La presse sous le Consulat et l'Empire (1799-1814)*, op. cit., p. 238.

38. En los archivos de este periódico se conservaron hasta el incendio de 1858 pruebas corregidas por Napoleón, de su puño y letra, que pudieron ser consultadas por Thiers y Guillois. Cfr. PÉRI-VIER, A. *Napoléon journaliste. Op. cit.*, pp. 131-133.

39. Cfr. CABANIS, A. *La presse sous le Consulat et l'Empire (1799-1814)*, op. cit., pp. 240-243.

40. Circular del Grand Juge de 11 de pradiel del año IX.

uno por departamento⁴¹. De hecho, salvo alguna información local, el contenido de estos periódicos se limitaba a copiar el de *Le Moniteur*⁴².

Se produjo incluso una nacionalización parcial de la prensa. En efecto, los periódicos ya satisfacían el impuesto del timbre⁴³ y se pretendió establecer otro impuesto especial sobre los beneficios destinados a crear un fondo para indemnizar a los propietarios de los periódicos prohibidos. Este impuesto conocido como *retribution* se transformó en una cesión de una parte de la propiedad —con sus correspondientes beneficios— al Estado. Así le fueron cedidos al Estado las 3/12 de la propiedad del *Journal des Débats* y 2/12 de todos los demás periódicos de París, a través de distintos decretos publicados entre 1805 y 1806. Por otra parte, se dieron distintos sistemas de subvención a la prensa en forma de préstamos directos en algunos casos, mediante la suscripción de órganos oficiales, alcaldías, etc., y también por la publicación de textos oficiales remitidos y pagados. De este modo la estructura financiera de los periódicos dependía del Estado.

Además del oficial *Le Moniteur*, Napoleón en persona daba cuenta de sus victorias en boletines redactados según las circunstancias, de irregular aparición, conocidos como *Bulletins de la Grande Armée* que se publicaban en *Le Moniteur* y otros periódicos y también como hojas sueltas o en carteles en los departamentos donde no había periódico.

Napoleón endosa en ellos sus propios errores a sus lugartenientes y se atribuye personalmente todos los éxitos. Estos boletines fueron traducidos a varios idiomas y, en muchos casos, eran leídos por los curas durante las celebraciones religiosas.

La censura, que desde 1807 se había oficializado, jugó naturalmente un importante papel propagandístico⁴⁴. Ciertos asuntos estaban prohibidos incluso para hablar mal de ellos. Por ejemplo, no se podía ni siquiera mencionar a la dinastía de los Borbones. También llegó a prohibirse la mención a cualquier asunto religioso cuando Napoleón entró en conflicto con Pío VII y ocupó Roma apresando al Papa; así como los suicidios, ciertos crímenes, etc. Naturalmente, también estaba prohibido hablar de los movimientos de tropas, de las operaciones marítimas y de las derrotas militares.

El rumor, convenientemente elaborado y difundido a través del todopoderoso Ministerio del Interior, fue otro eficaz instrumento de la propaganda napoleónica. El Emperador dispuso en 1810 que el Ministro del Interior dirigiera semanalmente una circular a todos los prefectos para que los funcionarios locales

41. Decreto de 3 de agosto de 1810.

42. Sobre la evolución de la prensa local en la época napoleónica, su distribución geográfica, su incidencia, etc., véase CABANIS, A. *La presse sous le Consulat et l'Empire (1799-1814)*. Op. cit., pp. 43-84.

43. Esta tasa fue impuesta por el Directorio en 1797 y consistía en 5 céntimos por hoja de 25 dm² y 3 céntimos por media hoja.

44. Sobre la evolución de la censura en el periodo napoleónico, véase CABANIS, A. *La presse sous le Consulat et l'Empire (1799-1814)*. Op. cit., pp. 165-232.

difundiesen verbalmente determinadas noticias que, por una razón o por otra, no era conveniente que se imprimieran. Por ejemplo, cuando la capitulación de Dantzig parecía cuestión de pocos días, Napoleón escribió a Cambacérès que de ningún modo lo hiciese publicar «mais vous pouvez le faire dire en société»⁴⁵.

Napoleón establecía, pues, una jerarquía de la información. Ciertas noticias eran totalmente censuradas; otras no se publicaban pero impulsaba su difusión a través del rumor; otras no se publicaban en los grandes periódicos de París para hacerlo, sin embargo, en algún pequeño periódico de provincia (del que ningún otro podía hacerse eco) para poder calibrar la reacción de la opinión pública. En el caso contrario, para resaltar más alguna noticia, ésta, además de ser publicada en los periódicos, se imprimía en carteles murales.

Bajo el régimen del Directorio había funcionado un *bureau politique* encargado de las cuestiones de prensa. Con el nuevo régimen éste continuará como *bureau de presse* dependiendo de la 5.^a División del Ministerio de Policía. El nuevo organismo estableció un registro de propietarios y redactores de periódicos y sólo los que figurasen en ese registro podían firmar una publicación, firma que por otra parte era obligatoria.

Otra de las misiones del *bureau de presse* consistía en elaborar para Napoleón un resumen diario de los artículos que podían ser de su interés. De ello se encargaba también, por otra parte, su secretario y bibliotecario Louis Ripault que preparaba diariamente para Bonaparte un análisis de lo publicado en la prensa. En 1804 Ripault, considerado demasiado liberal fue sucedido por el abate Denine.

Bonaparte, además, se valió también de Joseph Fiévée como hombre de confianza en asuntos de prensa. Fiévée había abandonado las ideas revolucionarias ante los excesos populares, había sido periodista junto con Millin y Condorcet en la *Chronique de Paris*, trabajó después en la realista *Gazette de France* y en el *Mercur* y llegó a formar parte del *Conseil Secret* de Luis XVIII. Por sus actividades fue proscrito por el Directorio llegando a ser encarcelado después del golpe de 18 de Brumario. Napoleón lo envió a Inglaterra en 1802 con una delicada misión; a su regreso publicó distintos artículos que provocaron fuertes reacciones en la prensa inglesa. El gobierno imperial le nombró censor y miembro del *bureau de presse*. Fue además redactor jefe del *Journal de l'Empire*. Aunque contó siempre con la oposición de Fouché que le consideraba criptorrealista, fue uno de los principales consejeros de Napoleón en materia de prensa y para él preparaba, manuscrita, una gaceta confidencial.

45. NAPOLÉON I. *Correspondance publiée par ordre de l'Empereur Napoléon III*. París: 1858-1870, XV, n.º 12.624-12.625; citado por CABANIS, A. *La presse sous le Consulat et l'Empire (1799-1814)*. Op. cit., p. 255.

LA GUERRA PENINSULAR EN LA PRENSA FRANCESA

Lo que conocemos en España como Guerra de la Independencia tuvo un amplio eco en los papeles periódicos de toda Europa. En Inglaterra, en Alemania⁴⁶, en Italia, incluso en Rusia se reflejan gran parte de los acontecimientos españoles. Desde luego, aunque no siempre con informaciones veraces, también en la prensa francesa. Sobre la crisis bélica de 1808 a 1814 y su reflejo en la prensa francesa hay dos excelentes artículos de Jean-René Aymes ya mencionados⁴⁷. Este mismo autor se ha ocupado de otros aspectos de la guerra⁴⁸. Gran interés tiene también en su conjunto el número 336 de los *Annales Historiques de la Révolution Française* de la Société des études robespierristes, dedicado a «L'Espagne et Napoléon. Napoléon dans l'histoire de la Révolution Espagnole».

Durante el periodo 1808-1814, como acabamos de ver, la prensa francesa es un instrumento de propaganda interior, prensa de Estado perfectamente organizada con solamente cuatro periódicos en París y uno en cada uno de los Departamentos. *Le Moniteur* actuaba como una suerte de agencia de prensa para el resto de las publicaciones sobre todo en lo referente al exterior y, naturalmente también, en lo referido a España⁴⁹. Napoleón escribe en mayo de 1808 a Fouché: «Il faut tenir la main à ce qu'aucun journal ne parle des affaires [...] de l'Espagne qu'après Le Moniteur»⁵⁰.

De la misma manera que, como hemos visto, en la campaña de 1812 en Rusia los *Bulletins de la Grande Armée* eran la fuente fundamental de información para los periódicos franceses, en el periodo de 1808-1814 los *Bulletins des Armées d'Espagne* son la principal fuente de información para la prensa francesa.

Acontecimientos como la capitulación de Bailén el 22 de julio de 1808 sufrieron un clásico proceso de desinformación por mucho que fuera difícil de ocultar. El sitio de Zaragoza se refleja, después de la toma de la ciudad, no en sus aspectos más terribles sino en el restablecimiento de la vida normal en la

46. Véase para el caso alemán: SOLANO RODRÍGUEZ, Remedios. *La influencia de la Guerra de la Independencia en Prusia a través de la prensa y la propaganda: la forjadura de una imagen sobre España (1808-1815)*. Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2000.

47. AYMES, Jean-René. La propaganda francesa sobre la intervención en España en 1808, *op. cit.* y La guerre d'Espagne dans la presse impériale (1808-1814). *Op. cit.*

48. AYMES, Jean-René. Francia y la Guerra de la Independencia en 1808 (de Bailén a Chamartín): la información y la acción. *Op. cit.*; AYMES, Jean-René. Le débat idéologique-historiographique autour des origines françaises du libéralisme espagnol: Cortès de Cadix et Constitution de 1812. *Op. cit.* y AYMES, Jean-René. La imagen de Francia y de los franceses en España en 1808. *Op. cit.*

49. Véase Solano Rodríguez, Remedios. La Guerra de la Independencia española a través de *Le Moniteur Universel (1804-1814)*. *Op. cit.*

50. *Lettres inédites de Napoléon I (1800-1815)*. Paris: editées par Léon Lecestre, 1897, I, p. 194. Citado por AYMES, Jean-René. La guerre d'Espagne dans la presse impériale (1808-1814). *Op. cit.*, p. 130.

ciudad subrayando incluso que Suchet propició las corridas de toros y asistió personalmente a ellas⁵¹.

Además de los asuntos militares, la prensa francesa se ocupaba de la reorganización y modernización del Estado español exaltando el gobierno de José I. Frente a ese proceso de modernización se exaltaba constantemente la Leyenda Negra y el carácter atrasado de la Nación española. Los españoles eran presentados como ignorantes y perezosos y los insurgentes como brigantes y bandidos.

Ignorante crasse, folle présomption, cruauté contre le faible, souplesse et lâcheté avec le fort: voilà le spectacle que nous avons devant les yeux. Les moines et l'inquisition ont abruti cette nation⁵².

Las operaciones militares de carácter clásico, como los dos sitios de Zaragoza, el asedio de Gerona o de Tarragona o la batalla de Somosierra, tienen una presencia abundante en los periódicos franceses. La victoria de Somosierra, por la presencia del Emperador sobre el terreno, se le da una relevancia especial⁵³.

La actividad guerrillera tuvo también presencia en la prensa francesa:

Ces bandes s'enrichissent par le pillage et obtiennent des succès faciles parce qu'elles n'attaquent presque jamais qu'à coup sûr [...]. Cette guerre intestine devient d'autant plus dangereuse que le nombre des guerrillas s'accroît chaque jour par la désertion des troupes régulières qui n'ont d'autres rations qu'après qu'elles ont été distribuées aux Anglais⁵⁴.

En general, los lectores franceses reciben una visión de la guerrilla siempre negativa. Se les califica de bandoleros, tropas asesinas, retrógrados religiosos, etc., etc. En nuestros días hubieran sido calificados de terroristas. A fin y al cabo, se trata de una forma de guerra asimétrica y desde Viriato o los zelotes judíos a las partidas de nuestra guerra de Independencia, los ejércitos organizados que han sufrido sus embates han despreciado y criticado a estos combatientes irregulares.

Más difícil era referirse a las autoridades españolas «rebeldes». Hay poca información sobre la Junta Central, Floridablanca o las Cortes de Cádiz cuya importancia se minimiza y se atribuye fundamentalmente al oro y las intrigas inglesas⁵⁵.

Otra actitud muy distinta es la mantenida respecto a las autoridades josefinas a la política napoleónica de regeneración en España y, desde luego, a los afrancesados

51. *Le Moniteur Universel*, 8 de noviembre de 1809. Cfr. AYMES, Jean-René. La guerre d'Espagne dans la presse impériale (1808-1814). *Op. cit.*, p. 132.

52. *Le Moniteur Universel*, 22 de noviembre de 1808, «4.^e Bulletin de l'Armée d'Espagne». Cfr. AYMES, Jean-René. La guerre d'Espagne dans la presse impériale (1808-1814). *Op. cit.*, p. 134.

53. Véase AYMES, Jean-René. La batalla de Somosierra. La inmediata versión oficial. En PASTOR MUÑOZ, Francisco Javier y ADÁN POZA, M.^a Jesús. *El campo de batalla de Somosierra (30-XI-1808)*. Madrid: Consejería de las Artes de la Comunidad de Madrid, 2001, pp. 121-125.

54. Cfr. AYMES, Jean-René. La guerre d'Espagne dans la presse impériale (1808-1814). *Op. cit.*, p. 139.

55. *Ibidem*, pp. 140-141.

aunque no se refieran a ellos con ese apelativo despectivo con el que han pasado a la Historia. Jean René Aymes afirma:

La vaste entreprise de «désinforamtion» menée par une presse inféodée au pouvoir conduit les gazetiers à user sans parcimonie du grossier procédé de la dichotomie: le camp ennemi est celui de l'anarchie, de la révolution jacobine, de l'asservissement au gouvernement de Londres, de l'aveuglement, de la passion, du mensonge, de la déraison, de la régression, de l'immoralité..., tandis que le camp des Français et des «afrancesados» est celui de la vérité, de la raison et du salut⁵⁶.

Napoleón diría en su destierro de Santa Elena: «¡la guerra de España me ha perdido!» y, en efecto, en cierta medida fue así, tanto o más que la retirada de la *Grande Armée* de Rusia en 1812 que, en cierto modo, fue causada por el empeño en la guerra peninsular.

Además de la prensa no faltaron caricaturas, grabados y estampas sobre la guerra de España⁵⁷. Y, naturalmente, sueltos, panfletos, proclamas y manifiestos.

Los esfuerzos de la propaganda napoleónica no pudieron ocultar ni siquiera en su propio país el fracaso español cuyo eco trascendió las fronteras y tuvo gran influencia en Italia, Portugal, naturalmente en el Reino Unido y, desde luego en Alemania.

56. *Idem*, op. cit., p. 141.

57. Véase DEROZIER, Claudette. *La guerre d'indépendance espagnole: à travers l'estampe: (1808-1814)*. French, Atelier reproduction des thèses, Université de Lille III; Paris: Diffusion H. Champion, 1976. Para el caso español véase: VEGA, Jesusa. Imágenes para el cambio. En ÁLVAREZ BARRIENTOS, Joaquín. *Se hicieron literarios para ser políticos. Cultura y política en la España de Carlos IV y Felipe VII*, Op. cit., pp. 83-130.